

IV. Las riquezas de la gracia en la obra de Cristo (Segunda parte)

Efesios 2:1-22

No por obras, para que nadie se gloríe. V. 9. Ya hemos visto que nada en nuestra salvación tiene que ver con alguna acción o decisión personal que tomamos por iniciativa propia. Siendo que ni siquiera pudimos actuar para tomar una decisión por nuestra propia cuenta para buscar la salvación, de la misma manera, somos incapaces de ayudar en algo para mantenernos o sostenernos en la salvación. Algunas personas piensan que inicialmente la obra de gracia es hecha totalmente por Dios, pero que después de la conversión la responsabilidad de permanecer en esta salvación también depende de nosotros, decir esto es contradecir al apóstol en su afirmación *No por obras*. No necesitamos ninguna obra de parte nuestra, ni antes ni después, para que continuemos siendo aceptos ante Dios. Resumiendo todo lo que hemos visto hasta aquí podemos afirmar con toda convicción que todo lo que es necesario para nuestra aceptación eterna ante Dios fue hecho por CRISTO. Su obra perfecta nos garantiza que por siempre el Señor nos mirará con ojos de amor y seguiremos siendo parte de su familia. Este asunto fue arreglado entre el Padre y el Hijo cuando éste último satisfizo todas las demandas que la justicia divina reclamaba para recibir a los hombres nuevamente en su seno. Ya no tengo que hacer nada para ser recibido por el Padre Celestial, todo lo hizo Cristo. Cuando Cristo me llamó por medio de la predicación del Santo Evangelio, él me dio fe para que creyera en él, y ahora gozo de eterna salvación. Pero ¿Qué papel juegan las buenas obras en el creyente? ¿Acaso este evangelio de la gracia no conlleva al creyente a vivir como él quiera? ¿Acaso no es mejor decir que la salvación también depende de las obras de cada uno para que no andemos en vidas disipadas y entregadas al pecado? Esta es la forma de pensar del mundo o la carne. El mundo piensa que si no hay un motivo de castigo entonces no podemos actuar bien, y en cierto sentido eso es verdad. Debido a la condición pecaminosa y arruinada de la humanidad se hacen necesarias las leyes y penalidades que ella establece para las malas actuaciones, si no fuera por estas leyes los hombres no pudiéramos vivir en sociedad.

Nuestro corazón malvado nos conduciría a destruirnos unos a otros. Las leyes y castigos logran frenar, un poco, nuestros impulsos malévolos. Pero en el Nuevo hombre no pasa así. El Nuevo hombre ha sido capacitado por la presencia del Espíritu Santo, quien escribe las leyes de Dios en el corazón regenerado. Ahora él puede andar en novedad de vida. Ahora sus instintos han sido cambiados. Su máximo placer está en obedecer y agradar a Dios. La gratitud del corazón se ensancha por aquel que lo hizo todo para nuestra salvación. Siendo que él vive dentro de nosotros, a través del Espíritu Santo, nos capacita para que deseemos honrar siempre a nuestro Santo Dios. El versículo 10 nos ayuda a entender estas nuevas realidades.

Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas. V. 10. La realidad de la nueva vida es expresada en este pasaje con toda claridad. No hay duda que fuimos rescatados por nuestro Salvador, solamente por gracia, no para andar como el resto de los hombres impíos, sino lo contrario, para que andemos haciendo el bien, pero no ya el bien en el sentido mundano, sino el bien según Dios, es decir, para la gloria de Dios. El Antiguo Testamento abunda en declaraciones donde Dios quiere para sí un pueblo celoso de buenas obras. El Señor reclama a Israel muchas veces porque él esperaba de ellos frutos dulces y agradables y lo único que halló fueron frutos amargos, desagradables (Ti. 2:14). Es por eso que Dios habla de un nuevo pacto, el cual consiste en que Dios mismo escribirá sus mandamientos en los corazones de los hombres para que ellos hagan las obras de Dios. El Antiguo Testamento siempre apunta hacia un nuevo Israel que vivirá de acuerdo a los preceptos divinos de santidad porque ahora la Ley ya no estaría escrita en tablas de piedra, sino en corazones de carne (Jer. 31:33). Si alguien pretende hablar de la gracia en términos de permisión para pecar, el tal no ha comprendido lo que es gracia. La gracia de Dios nos hace aceptos ante Él, eternamente. Esta aceptación no depende de ninguna obra que yo haya hecho ni antes ni después de mi salvación. Pero la gracia de Dios capacita al hombre que ha sido regenerado para que ande en novedad de vida y abunde en las buenas obras que Dios preparó desde antes de la fundación del mundo para que los creyentes anden en ellas. Si alguien piensa que la doctrina de la gracia le da permiso para andar revolcándose en el

pecado, el tal piensa como un impío y lo más probable es que en él no haya una obra de la gracia regeneradora de Dios. No nos engañemos. Dios es Santo y él aborrece el pecado. Pensar que Dios nos recibe como sus hijos, nos limpia con la sangre de Cristo y hace nacer nuestro espíritu muerto en delitos y pecados, para que luego continuemos practicando el mal, es tan absurdo como decir que los cerdos aman la limpieza mientras se revuelcan en el sucio lodo. *Fuimos creados en Cristo Jesús para buenas obras.* No hay otra salida. La fe sin obras es muerta como dice Santiago. Esto significa que no hay verdadera fe, la fe que viene como don de Dios para salvación, al menos que esta se evidencie en las buenas obras que Dios preparó de antemano para que nosotros, sus hijos, andemos en ellas.

Por tanto acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. V. 11. Esta sección que va desde el versículo 11 hasta el 22 presenta más verdades respecto a la obra que Cristo hizo a favor de los creyentes. La carta a los Efesios está dirigida, principalmente, a creyentes gentiles, estos debían saber, así como nosotros hoy, que la gracia de Dios se ha manifestado de una manera mas abundante para con nosotros, porque no teníamos derecho a pertenecer a la familia de Dios. Nuestra condición como gentiles era de total desprecio por parte de los judíos, los cuales eran herederos de las promesas. Nuestra situación como gentiles no era nada aceptable ante aquellos que se creían pertenecientes al pueblo de Dios, puesto que éramos vistos como despreciables pecadores debido a nuestro estado de paganismo. La circuncisión era la señal externa que indicaba el estar en el pacto divino. Los que no estaban circuncidados indicaban que estaban fuera de este pacto. Por lo tanto los gentiles no tenían derecho de recibir ninguna bendición espiritual de parte del Dios del Pacto. Aunque los judíos conservaban esa actitud de desprecio hacia los incircuncisos realmente ellos se encontraban en la misma situación de los gentiles, pues, la circuncisión se había convertido simplemente en una operación quirúrgica en el varón, y ya no representaba más la conversión del corazón de piedra en un corazón de carne. Los judíos habían desechado el contenido del pacto, lo habían violado y quebrantado. Ahora solo conservaban los ritos externos y se aferraban a ellos de tal manera que no se daban cuenta de la ausencia de conversión en sus corazones, y esto era lo que

representaba la circuncisión. Estos judíos ritualistas despreciaban a los gentiles, pero Pablo tenía bastante claridad respecto a la situación pecaminosa de su propio pueblo, lo cual les descalificaba para juzgar a otros. (Ver Romanos Cap. 2).

En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. V. 12. La situación de los creyentes gentiles no era de mucha esperanza antes de ser llamados por Dios, al menos en apariencia, puesto que en el plan eterno de Dios ya habíamos sido escogidos para esta salvación. Pero como pertenecientes al pueblo gentil no teníamos ningún vislumbre de recibir la gracia de Dios, porque estábamos muy lejos del conocimiento de Cristo, nuestro estado era de paganismo. Al menos los judíos tenían mayores oportunidades de ser objetos de la gracia de Dios porque ellos habían recibido los pactos de la promesa en Abraham, ellos tenían la revelación escrita y conocían perfectamente la Santa Ley de Dios. Nuestro estado era el de personas *sin esperanza y sin Dios en el mundo*. No teníamos posibilidades aparentes de conocer al Dios que se había revelado al pueblo de Israel. El resto de las naciones no conocían a este Dios, sino solamente por lo prodigios que se contaban había hecho en el pueblo judío. Solamente a ellos se les había revelado como Padre, como Salvador, como Rey. A ellos les había dado esperanzas mediante los profetas. Los gentiles no habían recibido esta luz, vivían en oscuridad y tinieblas espirituales. La situación indudablemente era la de desesperanzados. Ya podemos entender por qué los gentiles fueron objetos de una gracia más abundante. Nosotros necesitábamos empezar desde ceros.

Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. V. 13. No obstante la situación terrible en que estábamos los gentiles, Jesús obró una salvación tan grande, que no solo alcanzó a su pueblo sino que sobrepasó los límites de Israel para brindar salvación a los hombres de las naciones más lejanas. La sangre del cordero pascual tuvo un poder tan grande de salvación que hizo lo que parecía imposible: acercar a los gentiles paganos a la ciudadanía del Israel espiritual. Si, el poder de la sangre derramada por el cordero de Dios rompió las barreras nacionales e hizo posible la salvación para otras razas. Pero la expresión *habéis sido hechos cercanos por la sangre de Jesucristo* no solo se refiere a la distancia territorial que había entre los

gentiles y los judíos, sino también a los mismos judíos, que, no obstante estar cercanos, también se encontraban lejos de Dios y su salvación, porque no son parte del Israel de Dios los que, meramente, han nacido de carne y sangre, sino aquellos que han nacido del Espíritu de Dios, y en esto sabemos que la mayoría de judíos estaban tan lejos de Dios como los otros gentiles. Jesús hizo cercanos a los gentiles, pero también a los judíos incrédulos y religiosos, los hizo cercanos a sus promesas, a su salvación, a la verdadera familia de Dios. Aquí nuevamente vemos las riquezas abundantes de la gracia de Dios. Nosotros estábamos tan lejos de Dios, no sabíamos nada de Cristo, pero a Dios le plació alcanzarnos con la sangre de Cristo para incluirnos en su pueblo.

Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación. V. 14. En este versículo se sigue con la misma idea de los anteriores, Israel era el pueblo escogido por Dios, a él se había revelado como Padre, Rey y Salvador. Pero este pueblo se había rebelado contra su Dios amoroso, había violado el pacto. De tal manera que Dios se apartó de ellos y los desechó. Ahora el verdadero Israel sería espiritual, la verdadera circuncisión ya no sería la operada en la carne, sino en el corazón. Jesús afirmó esto cuando descalificó a los fariseos y a otros judíos como hijos de Abraham y los llamó hijos del diablo. Pero con la venida de Cristo este pueblo espiritual y obediente ya no estaría restringido a los pocos convertidos de la raza judía, sino que estaría conformado por gentes de todas las naciones cuyos corazones serían circuncidados. Jesús es nuestra paz porque la situación entre las dos clases de gentes era irreconciliable. Los judíos estaban en una posición más favorable que la de los gentiles. Ellos habían recibido las promesas y los otros habían sido desechados por Dios. Pero ahora, por la obra de Cristo, los unos y los otros se encontraban en la misma situación. Tanto judíos como gentiles pueden ser beneficiarios del pacto y de las promesas, ya no había razón para hacer divisiones (pared de separación), puesto que Cristo, por su obra perfecta, había destruido esa pared. Ahora los verdaderos miembros del pueblo de Israel (los creyentes) podían adorar juntos al Dios que los salvó.

Aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre haciendo la paz. V. 15. Jesús obró la paz para reconciliar a los dos pueblos, porque había un muro divisorio que estaba relacionado estrechamente con la Ley. Dios había dado la Santa Ley a su pueblo, una Ley moral, que debía ser obedecida por todos los hombres, y una ley ceremonial exclusiva para la nación de Israel. Con el transcurrir del tiempo, y especialmente después de la deportación a Babilonia, la parte ceremonial de la Ley fue acentuada en detrimento de los principios morales de la misma. Esta Ley ceremonial dada en el Antiguo Testamento apuntaba directamente al sacrificio eterno del Mesías. Cuando Jesús vino por primera vez a la tierra cumplió con todos los requerimientos morales de la Ley, de esta forma se convirtió en el sacrificio y sustituto perfecto por el hombre pecador. Los creyentes ahora nos gozamos en este cumplimiento perfecto de la Ley, de esa forma Jesús nos ha hecho aceptos eternamente ante Dios. Aunque debemos apresurarnos a declarar que los principios morales de la Santa Ley de Dios siguen vigentes para todos los hombres, y tanto creyentes como incrédulos deben obediencia a estos principios (El Decálogo). Ya no obedecemos los Diez mandamientos con el fin de ser aceptos ante Dios, sino porque le amamos y estamos agradecidos por toda la obra de misericordia que hizo para con nosotros. Pero nuestra obediencia está fundamentada en la obra perfecta de Cristo. Aunque nosotros no podemos cumplir totalmente con las demandas morales de la Ley, nos gozamos sabiendo que Cristo si pudo cumplirlas perfectamente, algo que ningún judío pudo hacer. De tal manera que esa pared divisoria entre judíos y gentiles ha sido derrumbada por el cumplimiento perfecto de Cristo, quien nos imputa su justicia perfecta, es decir, ahora los creyentes, gentiles o judíos, han cumplido las demandas de la Ley en Cristo. Por otro lado, la pared intermedia de separación *expresada en ordenanzas* ha sido derrumbada porque Cristo cumplió con todas las demandas ceremoniales de la Ley. La Ley ceremonial era una sombra de lo que el Mesías haría para redimir a su pueblo. Viniendo Jesús y habiendo sufrido *en su carne* cuando fue crucificado en la cruz, las demandas ceremoniales de la Ley se habían cumplido con el sacrificio del cordero de Dios. Ya no era necesario obedecer los mandamientos rituales que habían caracterizado a la nación de Israel, porque la Luz verdadera, el sacrificio

perfecto se había llevado a cabo, no era necesario mas el altar ni los sacerdotes que diariamente sacrificaban en el templo. ¡Qué bendiciones tan inmensas las que conquistó Cristo en su Cruz! La pared de la ley ceremonial también había sido derrumbada.

Para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz. V. 15 b. Solamente Jesús podía unir a las naciones en un solo hombre, o una nueva humanidad. Una raza, no de sangre o herencia genética, que constituye la nueva creación, el nuevo Israel, la nación del pacto que no lo quebrantará porque el Señor mismo ha esculpido sus leyes en los corazones de estos hombres. Los creyentes ahora conformamos esta nueva nación donde tienen cabida tanto judíos como gentiles, a ambos se les pide confiar en Jesucristo. Ambos pueblos deben escuchar la predicación del evangelio, ambos deben arrepentirse de sus pecados y ambos deben acudir a la cruz de Cristo buscando la reconciliación con Dios. No hay otra forma de pertenecer al Israel Espiritual.

Y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. V. 16. Tanto judíos como gentiles habían ofendido al Dios Santo. La ira del Señor estaba sobre los judíos religiosos que solo obedecían la Ley de manera externa, mientras por dentro eran tumbas putrefactas (Mt. 23:27). De la misma manera el justo juicio de Dios estaba sobre los gentiles que, habiendo conocido del creador por medio de la creación, decidieron adorar a las criaturas. (Romanos capítulo 1:16-32). Dios estaba enemistado con ambos pueblos. El esperaba de ellos arrepentimiento pero lo único que encontró fue desobediencia y rebeldía. Pero un día llegó Jesús, el cordero perfecto, y en su muerte cruenta y vida perfecta, satisfizo las demandas de la justicia y la ira divina para reconciliar a muchos hombres con Dios. Ahora tanto judíos como gentiles pueden allegarse a Dios mediante el sacrificio eterno de Jesucristo y ser aceptos, por que la justicia divina ha sido satisfecha en la cruz. Este es el mensaje del Evangelio: Que Dios está reconciliando consigo mismo a los rebeldes para conformar un pueblo de hombres nuevos (2 Cor. 5:19). Los pecadores, tanto judíos como gentiles, pueden entrar a formar parte del cuerpo (la Iglesia), solamente mediante la cruz de Cristo. No hay otro medio. Ya nadie puede acercarse a Dios a través de sacrificios de animales o ceremonias religiosas. Solamente la cruz de Cristo es el camino para ir directamente a Dios, con confianza (Heb. 4:16) y como

hijos amados (Ro. 8:15; Gá. 4:6). La Iglesia es el Israel de Dios y lo será por siempre. La Iglesia, al final, agrupará a los salvos del Antiguo testamento y del Nuevo.

Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca. V. 17. La obra de salvación efectuada por Jesucristo ha traído consecuencias benéficas para multitudes. Jesús trajo la paz de Dios a los corazones de los hombres atribulados, ya que la Ley traía condenación al pecador porque le exigía una obediencia perfecta a los postulados divinos, pero el hombre más recto y piadoso no podía cumplir totalmente con la Ley. Los que estaban cerca son los judíos, ellos tenían numerosos privilegios espirituales porque habían recibido la revelación del Dios verdadero. A pesar de su cercanía a las promesas también necesitaban escuchar las buenas nuevas de la paz de Dios, porque sus corazones estaban distanciados de Dios como consecuencia de su desobediencia a todos los mandamientos de la Ley divina. De la misma manera los gentiles también estaban en tribulación de espíritu, necesitaban escuchar el mensaje de la paz divina, porque aunque sus conciencias no estaban influenciadas por la Ley Santa de Dios, pues no la conocían, de todas maneras hay una Ley moral general que Dios ha puesto en todo hombre, y esta Ley de la conciencia les acusaba de día y noche. La paz que Dios da sobrepasa todo entendimiento (Fil. 4:7) y Jesús dijo que él daba una paz diferente a la que el mundo da (Jn. 14:27). La paz que necesita el hombre es la que viene como consecuencia de saberse reconciliado por Dios (Ro. 5:1). Cuando el hombre es objeto de la gracia de Dios, y recibe el perdón total de sus pecados, pasados, presentes y futuros, entonces una paz inmensa llena todo su ser y nada podrá moverlo de esta confianza y tranquilidad, aunque el mundo se derrumbe alrededor de él y las desgracias mas grandes toquen su vida, él podrá exclamar como Job: Yo se que mi redentor vive (Job 19:25).

Porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. V. 18. La paz verdadera y eterna que da Jesús al alma está relacionada con la facilidad que el Nuevo hombre tiene para acceder al Padre. Anteriormente los judíos, que estaban más cerca de las promesas, aún en sus mejores condiciones espirituales de obediencia, no podían acceder al Padre con confianza. Primero debían realizar una serie de sacrificios y lavamientos para luego poder acercarse a Dios. A pesar de todos estos

lavamientos aún no había la sensación de completa confianza porque no habían llegado a una santificación completa que le permitiera ser acepto totalmente ante el Padre celestial. Esto lo vemos representado en el ritual que precedía a la entrada del Sumo Sacerdote al lugar santísimo (lugar que simbolizaba la presencia de Dios). Solo una vez al año le era permitido a este sacerdote ingresar a tan sagrado lugar, pero no podía entrar de cualquier manera. Debía portar un vestido acorde con las exigencias de la santidad divina, y, por sobre todo, debía someterse a varios ritos de limpieza, sacrificios de expiación y de purificación. Si esta era la situación de los judíos, los gentiles no se quedaban atrás. Estos ni siquiera conocían al Dios verdadero. Las ideas que tenían ellos sobre Dios tampoco eran de confianza. Su vida religiosa estaba plagada de ritos, sacrificios y muchos temores porque los “dioses” podían castigarles con impiedad. Todos los hombres vivían con mucho miedo frente a las realidades sobrenaturales. Pero con la venida de Jesucristo, especialmente con su sacrificio en la cruz, hizo posible que los hombres ahora pudieran acercarse al Padre Celestial con total confianza. ¿De donde proviene esta confianza? No es de nuestra propia santidad o justicia, porque aún nuestras mejores obras Dios las mira como trapos de inmundicia (Is. 64:6). Si alguien en esta tierra pretende ingresar al Trono de la Gracia fundamentado en sus buenas obras, o en su fe religiosa, o en su noble filosofía de vida o en otra cosa aparte de Cristo, el tal está confundido y de ninguna manera podrá acceder al Padre Celestial. Nadie podrá tener comunicación con el Padre a través de la oración y nadie podrá estar en el corazón de Dios, a menos que él esté, a través de Cristo, a la derecha del trono celestial. Esto es lo que Pablo afirma en este pasaje. Las bendiciones y múltiples riquezas de la gracia divina no solo incluyen la elección, el llamamiento del evangelio, la regeneración, la santificación, el sellamiento por el Espíritu y la glorificación, sino que también ha hecho posible el libre acceso al Padre creador. ¡Cuántas bendiciones de la divina gracia! ¿Habrán riquezas más preciadas que éstas? Aunque nos haga falta todo lo material y :

Aunque la higuera no florezca,

Ni en las vides haya frutos,

Aunque falte el producto del olivo,

Y los labrados no den mantenimiento,

Y las ovejas sean quitadas de la majada,

Y no haya vacas en los corrales;

¹⁸ *Con todo, yo me alegraré en Jehová,*

Y me gozaré en el Dios de mi salvación.

¹⁹ *Jehová el Señor es mi fortaleza,*

El cual hace mis pies como de ciervas,

Y en mis alturas me hace andar. Habacuc 3:17-19

El apóstol Pablo, en Romanos, también expresa esta confianza que los creyentes podemos tener para acceder al Padre cuando dice: *Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!* ¹⁶*El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.* Romanos 8:15-16. Esta es la confianza de los Hijos de Dios.

Para completar estas bendiciones espirituales, el Señor ha provisto a Su Santo Espíritu quien nos guía para mantener una verdadera comunión con el Padre. Nosotros, a pesar de nuestra regeneración, seguimos siendo falibles, y muchas veces no sabemos cómo acercarnos al Padre, pero contamos con la ayuda del Espíritu de Dios quien nos guía para relacionarnos correctamente con el Santo Dios. Esto es importante comprenderlo, porque aunque el más simple de los hombres puede tener acceso al Padre si a Él le place salvarlo, de todas maneras no nos estamos acercando a cualquier ser, es por eso que necesitamos la mediación de Jesús, quien es el Hijo amado del Padre y a quien Dios le ha concedido todas las cosas. Si nos acercamos a Dios, con la mediación de Cristo, entonces seremos aceptos como si nosotros fuéramos perfectos, no por nuestras perfecciones (las cuales son ninguna) sino por la perfección de Cristo. Pero este acercamiento es hecho efectivo por la obra del

Espíritu Santo, quien viene a morar en el creyente y le hace manifiesto el amor del Padre y la comunión con el Hijo. Él nos ayuda a orar como debemos orar, él derrama el amor de Dios en nosotros, Él nos suministra los dones para que la Iglesia pueda ser edificada, Él nos da luz para entender las Escrituras, Él nos da sabiduría abundante.

Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios. V. 19. La situación legal de toda persona antes de recibir la gracia salvadora de Dios en Jesucristo es de alejamiento, de rechazo y de ira (Ef. 2:3). El hombre en su estado natural no es hijo de Dios; es parte de la creación de Dios, pero dejó de ser su hijo cuando la culpa por el pecado le agobió. Esta culpa es recibida desde el primer instante en que es engendrado en el vientre de su madre (Sal. 51:5), es decir, desde el inicio de su existencia ya es hecho hijo de ira como consecuencia de la naturaleza pecaminosa que hereda de sus padres. En esa situación legal se encuentran todos los hombres. No obstante ese alejamiento de Dios, que luego se ve reflejado en nuestros actos pecaminosos no forzados desde el exterior sino intencionalmente producidos por nuestros corazones malos (Gén. 6:5; Mt. 12:34; 15:18-19), Dios no abandona por completo a estas criaturas rebeldes sino que las cuida y les provee lo necesario para su mantenimiento. Es así como Cristo dice que Dios, el Padre creador, cuida a su creación y hace salir su sol sobre buenos y malos. Pero la gracia de Dios se ha manifestado abundantemente, a través del sacrificio efectuado por Jesucristo, para hacer que estas criaturas rebeldes, y por naturaleza propia, contrarias a los principios divinos, sean transformadas en Hijos de Dios a través de una fe sincera (Jn. 1:12), y así entren a formar parte de la Familia de los santos. No todos los hombres entran a formar parte de esta familia, pues esto solo es ofrecido a aquellos que acuden a Cristo en busca de Salvación con sincera fe, esa fe que es don de Dios, como hemos visto antes en este capítulo. Ahora, el creyente arrepentido, goza de todos los privilegios espirituales que se desprenden de pertenecer a la familia de Dios. Esta familia está compuesta por los santos de todos los tiempos. Somos hermanos de Abraham, Isaac, Moisés, David y los profetas del Antiguo Testamento. Tenemos a un padre en común.

Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo. V. 20. Esta nueva familia que acaba de conformarse por la obra de Cristo, en la actual dispensación, recibe el nombre de la Iglesia o Asamblea de Cristo. Todas las personas que son convertidas en miembros de la familia de Dios entran a formar parte de la Iglesia o Asamblea. Al final de los tiempos los santos del Antiguo Testamento serán reunidos junto con los santos del Nuevo Testamento y son presentados ante Dios como la novia de Cristo, es decir, la Iglesia. Esta Asamblea de Cristo (Iglesia) forma una unidad orgánica y es comparada por Pablo, y otros escritores bíblicos, como un edificio que Jesucristo mismo va edificando (Mt. 16:14; 1 Cor. 3:9; Ef. 2:21). Este es nuestro nuevo privilegio al ser convertidos a Dios por la obra de Cristo y del Espíritu Santo. Abandonamos nuestra ciudadanía terrena para convertirnos en miembros de la Iglesia de Cristo, ya no nos vemos como colombianos, americanos, europeos, negros, blancos, ricos o pobres, sino que todos nos vemos como miembros de ese único cuerpo que es la Iglesia. Si estos pensamientos ocuparan más nuestra mente, de seguro que el racismo y nacionalismo discriminatorio hubiera desaparecido desde hace mucho tiempo, lastimosamente hemos querido conservar la ciudadanía del mundo y la ciudadanía de la Iglesia, pero esto es contradictorio con nuestra fe. Si seguimos pensando como lo hace el mundo, entonces no estamos a gusto con nuestra ciudadanía celestial. Siendo la iglesia un cuerpo unido por la obra de Cristo, y siendo todos los salvos miembros de la única familia de Dios, entonces debemos vernos como tales. Entonces la Iglesia podría ser ese vínculo de unión y amor fraterno que mostrara a las naciones del mundo entero que hay una familia, muy numerosa, la cual se unirá en el amor de Cristo y nunca se irán en contra de ellos mismos aunque los Estados, por sus intereses mezquinos, se vayan en guerra. Creo que debemos ahondar más en el sentido de hermandad y unidad que nos presenta la Biblia respecto a la Iglesia, esto nos libraría de seguir cometiendo errores históricos. Pero este edificio llamado Iglesia no se sostiene por las piedras que la conforman, sino más bien por el poder de Dios. Dios se ha encargado de poner un fundamento sólido que nunca podrá ser derribado. Este fundamento es Cristo mismo, quien como piedra angular protege a su Iglesia de los peligros y acechanzas que ofrece el mundo y Satanás. Jesús, a través de su obra sacrificial y

expiatoria, ha establecido el fundamento firme para que la Iglesia continúe en pie por siempre. Esta familia se mantiene unida, no por las buenas intenciones de cada uno de sus miembros, sino mas bien por la obra eterna efectuada por aquel que dio su vida por la Iglesia (Ef. 5:25-26). Para ello Jesús designó y capacitó a los Apóstoles y Profetas, los cuales establecieron el fundamento, con Jesucristo como piedra angular, y este fundamento no es mas que la revelación escrita recibida directamente del Espíritu Santo sin error alguno. La verdadera familia de los santos es denominada como la Iglesia, pero la verdadera Iglesia está edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, es decir, nadie podrá ser miembro de la verdadera Iglesia si no está fundamentado en la revelación dada a través de los apóstoles y profetas. Se que hoy día existe mucha confusión sobre el tema de los apóstoles y profetas debido a los nuevos movimientos que han surgido reclamando que ellos tienen Profetas y apóstoles en este siglo. Pablo no se refiere a esta clase de “profetas” o “apóstoles”, más bien se refiere a los Doce escogidos por Cristo, y Pablo como adicional o abortivo, y los otros escritores de las Sagradas Escrituras. Ellos tuvieron la autoridad divina para poner un fundamento firme y seguro. En mi librito “El ministerio profético según las Escrituras” aclaro el sentido bíblico de la profecía, tanto en los tiempos bíblicos, como en el día de hoy.

En quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor. V. 21. El apóstol continúa con la imagen de la Iglesia como un edificio que día a día está siendo edificado. Es interesante notar que Pablo en esta sección habla de la Familia de Dios como un cuerpo, es decir la Iglesia, siendo que está tratando de la Gracia de Dios que ha obrado, a través del sacrificio de Cristo en la cruz, para reconciliar a los gentiles y judíos. La Iglesia es resultado de la Cruz. Allí está nuestro fundamento. Sin la cruz no hay Iglesia, porque en la cruz está la justicia de Dios satisfecha para que nos acepte como hijos suyos, de lo contrario cualquier asamblea reunida para adorar a Dios sería como el resto de las religiones del mundo: Nada. Cuando hablamos de la cruz tenemos que referirnos a la Iglesia, porque ella es el fruto de la obra de Cristo, podríamos decir que la obra de Cristo en la Cruz se hace efectiva a través de la Iglesia, no en el sentido de que ella pueda salvar por sí misma, sino que los hombres que acuden a la cruz, necesariamente deben formar parte de

la Iglesia. En los tiempos apostólicos, y en este siglo también, muchos hombres pretendieron vivir para Cristo alejados de la vida de la Iglesia, esto es absurdo e imposible. La Salvación está relacionada también con la Iglesia, no en el sentido que lo proclama la Iglesia Católica, como si la Iglesia pudiera dar salvación, sino que la Iglesia, a través de los dones del Espíritu capacitando a Pastores y Maestros, proclama la verdad del Evangelio. La Iglesia es el único organismo en la tierra autorizado para proclamar el Evangelio y hacer obra misionera. Esta Institución celestial por la cual Cristo derramó su sangre, está siendo edificada constantemente por la obra del Espíritu de Dios hasta que un día se convierta en el templo eterno del Señor, pero no ya un templo hecho de manos humanas, sino un cuerpo gigantesco de hombres nacidos por el Espíritu de Dios donde morará el eterno creador con toda su Gloria. Pero mientras dure la vida humana en esta tierra la Iglesia debe seguir edificándose. Pero este edificio no cambia de fundamento de tanto en tanto, sino que siempre sigue construyéndose basándose en el único fundamento establecido por la obra de Cristo y por la revelación que Dios dio a través de los apóstoles y profetas. Es importante saber, como iglesia local, sobre qué estamos edificando nosotros. Si edificamos sobre las tradiciones de los hombres, entonces estamos construyendo hojarasca y paja, también si estamos construyendo sobre las nuevas revelaciones que algunos hombres pretenden estar recibiendo hoy, también estamos construyendo sobre arena movediza y muy pronto el edificio caerá. La verdadera Iglesia es aquella que se alimenta directamente de la Cruz y su doctrina-práctica la sustenta de la revelación escrita por los apóstoles y profetas.

En quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.
V. 22.

La Iglesia crece a través de sus miembros. Es mas, la Iglesia no es una imagen invisible en la cual podemos pensar como un concepto abstracto de personas invisibles perfectas. La Iglesia se expresa visiblemente a través de iglesias locales compuestas de creyentes regenerados. A esto se refiere Pablo cuando dice *vosotros sois edificados para morada de Dios*. Los creyentes, como miembros de la iglesia, son edificados por el Espíritu quien mora en ella y capacita a hombres para que enseñen la Palabra y guíen a los santos en su edificación. La Gracia de Dios es tan abundante que no solo nos eligió, nos compró con la

sangre de Cristo, nos llamó eficazmente por el Espíritu Santo, nos hizo cercanos a la ciudadanía de Israel, sino que también ha provisto un organismo santo en el cual podemos y debemos crecer para Su propia Gloria. Este organismo es la Iglesia, cuya manifestación local es visible, en la cual los creyentes se ayudan mutuamente para continuar edificándose en el fundamento firme que estableció Cristo a través de los apóstoles y profetas. Cuando dejamos de congregarnos estamos despreciando los medios que Dios ha provisto para nuestro crecimiento. Las grandes riquezas de la gracia de Dios se descubren y disfrutan en el contexto de la Iglesia local. Pablo insiste en presentar a la Iglesia de Cristo como el Templo actual de Dios y del Espíritu Santo, ella es la receptora directa de la presencia gloriosa y abundante del Espíritu de Dios. Es por esto que la Iglesia debe ser vista como el organismo celestial que actualmente opera en medio de los hombres, ella debe ser vista con la altura que se merece. Nadie que desprecia a la Iglesia de Cristo, que es el templo del Espíritu, podrá ser libre de una terrible culpa.